

ALFAGUARA



Pedro Sorela

El sol como disfraz

Permanecer en las redacciones es peligroso

La Crónica del Siglo. 28 de septiembre
del año VI de la dirección de Picasso

Ese joven escurrido sobre el sofá como una gabardina vieja lleva ya un buen rato sin que nadie le haga caso, pero no parece importarle. Al contrario. Sus ojos sonríen como quien al fin ha llegado a alguna parte. Y así es, ha llegado al antedespacho de *Picasso*, en *La Crónica del Siglo*, y ésa es para él una conquista. Ha llegado al lugar en el que se libra la guerra de su tiempo. Más aún, donde, en el año seis desde que *Picasso* fue nombrado director, se va ganando.

Aunque nadie diría que allí se libra tan siquiera un asalto. El sofá sobre el que el joven se escurre cruzando un tobillo sobre una rodilla es de diseño, en las paredes cuelgan viejas portadas del periódico con héroes, lágrimas o muchedumbres entusiastas que ahora son historia, si no arqueología, y a lo lejos se oyen las voces bajas de un grupo de secretarias que no parecen agobiadas por nada ni por nadie, y menos por el tiempo, que es la sustancia de esta guerra.

Y sin embargo, el joven está a punto de levitar, como cuando le faltaba un centímetro para llegar por primera vez a los labios con sabor a menta de una chica de trenza negra, un día que se escaparon del colegio, en cuarto de bachillerato, o cuando se tiró por primera vez a un abismo colgado de un ala delta, y ésta colgando del aire. Algo que, por cierto, ya casi no hace.

Aunque andará por los treinta, tiene un aspecto un tanto hambriento de universitario que no come bien y, sobre

todo, parece medio disfrazado con una corbata a rayas grises y vino tinto y una chaqueta de tweed de espinilla de pescado, de otra época, que ese 28 de septiembre le hace sudar. Se maldice por llevarla. Nadie parece usar corbata en ese periódico e incluso las secretarias van vestidas con vaqueros, bien es verdad que vaqueros de los que llevan incorporado un tratamiento antiarrugas. Como la que le recogió en la portería. «Hola, soy Almudena», le dijo como si fuese una fiesta, y en lugar de darle la mano le dio un par de besos como se hace en Madrid hasta con los traficantes de armas.

Luego, ya en la planta noble de *La Crónica*, le acompañó hasta la salita con portadas de más de un siglo, enmarcadas como certificados de limpieza de sangre, le preguntó si quería un café, un periódico, y le dejó allí, depositado sobre el sofá y dirigiéndole una última sonrisa que —Daniel ya tiene edad para saberlo—, no es una sonrisa. Sobre él, la portada del periódico dando cuenta del hundimiento del *Maine*, con la que empezó la guerra de Cuba, le da a la sala un aire de museo. Sin embargo, huele vagamente a pintura, como si fuese un museo recién inaugurado. Y aunque nadie ha vuelto siquiera a mirarle, a Daniel no le importa. Casi se lo está pasando bien. Pues más que estar ahí, en *La Crónica del Siglo*, esperando a ser recibido nada menos que por *Picasso*, disfruta como en una piscina al final de un desierto con no estar ya allí.

Allí: la *Rápido Press* o la agencia de noticias en la que se vende periodismo que llaman rápido pero es simplemente mezquino, y donde ha pasado sus primeros seis años en la profesión. Una oficina con la pintura vieja y la capacidad de provocar un ahogo inversamente proporcional a sus escasos ciento ochenta y nueve metros cuadrados: una vez los midieron, en el turno de noche, con cuartas de la mano, como prisioneros midiendo el calabozo, por pura desesperación.

Aunque tiene un aspecto dinámico, con recepcionista perfumada y ruidos de faxes y teléfonos a lo lejos, la

Rápido Press viene a ser un tenderete en el que se venden noticias como se podrían vender boquerones en vinagre, gobernado por un beato y un fornicador. El beato para proclamar que el periodismo es una vocación y por tanto «no tiene horarios ni obedece a los sindicatos»: un dogma muy práctico para que los periodistas trabajen sin pedir horas extra, las horas extra son una ordinariez de la gente sin vocación que trabaja para comer. Y el fornicador, jefe de reportajes, conocido como el *Pez*, para demostrar que quien logra venderles fotos a las revistas y películas a las televisiones, aunque tenga caspa y le huela el aliento, quien logra colocar fotos y películas pone la mano sobre más culos que nadie.

En sus años en la *Rápido*, y consternado por la experiencia de perseguir fantasmas de noticia —ruedas de prensa sin preguntas, premios a libros y películas encargados por publicistas, amoríos que no lo eran de actrices y actores que tampoco lo eran, y así—, Daniel ha aprendido unas cuantas cosas que tal vez sean sólo una:

PERMANECER EN LAS REDACCIONES ES PELIGROSO.

Eso, al menos, es lo que ha escrito en su estrecha libreta de reportero, donde notas de trabajo alternan con retratos a línea, esbozos de ideas quizá para pensar más tarde, y narraciones de un par de frases. Pero si «permanecer en las redacciones es peligroso», ¿qué hace esperando en la antesala de *Picasso* a ser contratado en *La Crónica del Siglo*?

Sólo cabe una explicación, y es que sus recelos vuelan ante la perspectiva de alejarse de la *Rápido Press*.

Al fin (escribe ahora). *Ya nunca más hacer refritos. Ya nunca más soportar al Pez. No mamporrear más entrevistando a putillas para que se las tire un jefe. Ni correr con la moto por toda la ciudad para confirmar lo previsto. Ya nunca más...*

Pero nunca se sabrá qué otra cosa no se producirá ya más en la vida de Daniel a partir de sus veintinueve años porque en este momento aparece Almudena y le conduce al despacho de *Picasso*. Está al otro lado de una pequeña sala en penumbra con más secretarías, de las que un par de ellas visten con falda y parecen de otra época, otro periódico.

—Daniel Camín —anuncia Almudena, y sin esperar cierra la puerta tras él.

Y Camín piensa que alguien se ha equivocado pues no le han llevado al despacho de un director, y mucho menos el director que está cambiando la profesión, sino... Ni siquiera se siente en un periódico: la habitación es grande y medio oscura, aunque se alcanza a ver que los muebles son de un anticuado modernismo, y está llena de cuadros. Tarda en distinguir a alguien, apenas iluminado por un foco de lectura sobre la mesa.

—Pasa, pasa —se escucha una voz cordial y casi lejana, y Daniel emprende lo que parece una travesía y lo es porque antes de llegar el hombre ya está hablando por teléfono.

—Sí, Serapio, dime —dice, con lo que Daniel sabe de quién se trata: sólo hay un Serapio en toda España que pueda estar hablando con un director de periódico a primera hora de la mañana de un soleado martes de septiembre en Madrid, y es el portavoz del Gobierno: Serapio Sánchez. Su voz se alcanza a oír en el teléfono rápida y excitada.

Para entonces Daniel ya ha llegado hasta el escritorio, *Picasso* le ha invitado a sentarse con un ademán amistoso mientras termina de trazar garabatos en el papel que se parecen a pequeñas bailarinas, «ya veo» ha dicho tres veces, y «me temo que eso no va a ser posible» sólo una, ya se ha tenido que alejar el auricular de la oreja y, tras un par de cortesías, ya cuelga.

—Bueno, bienvenido a *La Crónica* —dice amable.

Pero no puede decirle nada más porque tiene que coger otra llamada y sus ojos pierden redondez al reconocer la voz.

—¿Dónde está Leo? —pregunta.

Última edición

Leo es de los que siguen viviendo mientras duermen, y por eso alguna vez se despierta ya dentro de la mujer que se ha dormido a su lado. Luego a ellas les cuesta creerle.

—Buenos días —le dice, y le acaricia las piernas descubiertas por el camisón, recogido en la cintura—. ¿Hace mucho que estamos... que estás ahí?

—¿No lo sabes tú? —le pregunta Claudia desde encima de él. Su propia pregunta le hace abrir los ojos. No mucho: apenas una rendija y con el ojo fugitivo.

Leo, alzando los brazos, le baja ya los tirantes del camisón. Lo que más recuerda de la noche anterior son los pezones, primero esculpiendo la ropa, después oscuros, grandes para sus pechos. Pezones mulatos en pechos de mujer blanca.

Le explica que acaba de despertarse, ya dentro de ella, y ella sonrío.

—¿En serio?

Ha vuelto a cerrar los ojos. Las aletas de la nariz se abren y se cierran. La dureza de sus pechos explica su dificultad para seguir charlando. Leo se pregunta si tendrá fuerzas y valor para hacerla llegar sin llegar él... y luego hacerla llegar otra vez.

—No sabía que eran así —dijo. Decirlo es una forma de intentar retrasarlo, como pellizcarse, o pensar en dentistas, o morderse un labio. Aunque nada eficaz: se haga lo que se haga, acariciar a Claudia y encima hablar de ello conduce a lo que conduce.

—Qué —pregunta ella, lo sabe pero quiere oírlo.

Son sorprendentes, en efecto, porque Claudia, la mujer detrás, no es muy grande. Tiene una melena corta y casi rubia, los ojos de miel, y se uniforma con la moda del día porque opina que un periodista no debe destacar sino fundirse. Una manía que le queda de sus tiempos de reportera. Esos círculos oscuros de coronela no le van, como no le iría tener un sexo selvático. (No lo tiene.)

Entonces suena el teléfono de Claudia, en la mesilla de noche. Él se ha dado el lujo de apagar su móvil, hace unas horas, tras corregir un par de titulares, y dar el visto bueno a las pruebas de la edición nacional que le llevó a su casa un motorista del periódico. Luego salió, dijo, para una partida de póker.

Siente los timbrazos del teléfono en su cuerpo, que de forma estúpida a él le hacen perder firmeza y a ella la secan. Intenta no oírlos y se esfuerza por mantenerlo todo en su sitio mientras ella contesta. La acaricia pero, dominada por el timbre, ella ya está lejos. Un minuto antes eso hubiese parecido imposible...

—Era del periódico —dice ella tras colgar. Se mantiene a caballo, intentando que su cuerpo no se zafe de él—. Tu mujer ha llamado para saber dónde estás.

... pero es inútil. No sólo porque él mismo se escurre, incapaz ya de quedarse dentro de ella, sino porque en ese momento la aparta a un lado y, sin importarle exhibir su piel ya no muy firme de casi cincuenta años, se tira desnudo hacia el ventanal frente a la cama. Mal cerradas, las cortinas dejan ver la primera luz del día —otro agotador día de sol madrileño—, y también un trozo de árbol en el jardín.

—Ahí hay alguien —dice Leo.

Ella no se ríe ni le pregunta «quién quieres que haya». Le mira.

Vuelve a mirar por la rendija de la ventana, se pone algo de ropa y conecta el móvil, que suena de inmediato. Ángela, su mujer.

—... pues ya te lo dije —pone un tono conyugal—: Estoy en la partida. Ya sabes cómo es: voy ganando y no me puedo ir.

—¿En la par-tida? —silabea el teléfono despacio. Ángela ni siquiera parece furiosa. Su tono es el de un matrimonio ya muy rodillón—. Mira tu periódico y verás cuánto ha cambiado respecto a la primera edición que te trajeron anoche. Un cambio de los que te gustan y no creo que lo decidieses tú... Estabas en la partida, ¿no? Procura que no te dé gastritis porque esta vez te la tendrá que aguantar esa que tienes al lado —y cuelga.

Lo que Leo retiene de todo ello es lo del periódico.

—¿Te llega *La Crónica*?

—Nno —le cuesta reconocer a Claudia. Sabe que Leo es de los que creen que un periodista se ha de acostar con su periódico y luego afeitarse leyendo la primera página, y si no lo creyese no podría ser redactor jefe—. Si necesito consultar algo antes de ir al periódico, lo leo en Internet.

—Sí, pero el periódico digital va por libre —dice, y se le escucha un fondo despectivo...—. ¿Y el quiosco más cercano?

—A varias manzanas. Hay que ir a la entrada de la urbanización.

—Si es que ser rico y periodista es incompatible —dice Leo. Ya termina de ponerse los pantalones.

Claudia va a decir que no tiene esa casa en Arava-ca por periodista sino por una sentencia de divorcio, pero se dejaría de depilar las axilas y las ingles del bikini todo un verano antes de reconocer algo así. Además ella es columnista, un grado superior y en todo caso más descansado del periodismo, un grado de escritora, o eso cree ella, y cuando la llaman periodista se siente igual que un café italiano al que tratasen como un descafeinado de sobre. Claudia piensa en lo que Leo ha entrevistado en el jardín. ¿Hay de qué preocuparse?

Sí, sí lo hay: nada más abrir la puerta escuchan una ráfaga. Un poco más fuerte podría ser una ametralladora de las modernas, hechas para no molestar. Pero es una cámara de fotos, algo de lo cual, saben ambos, es más difícil defenderse.